

Revista Internacional y Comparada de

**RELACIONES
LABORALES Y
DERECHO
DEL EMPLEO**

Escuela Internacional de Alta Formación en Relaciones Laborales y de Trabajo de ADAPT

Directores Científicos

Mark S. Anner (*Estados Unidos*), Arturo Bronstein (*Argentina*), Martin Carillo (*Perú*), Lance Compa (*Estados Unidos*), Luis Enrique De la Villa Gil (*España*), Jordi Garcia Viña (*España*), Adrián Goldin (*Argentina*), Ana Virginia Gomes (*Brasil*), Julio Armando Grisolia (*Argentina*), Óscar Hernández (*Venezuela*), María Patricia Kurczyn Villalobos (*México*), Manuel Luque (*España*), Lourdes Mella Méndez (*España*), Antonio Ojeda Avilés (*España*), Barbara Palli (*Francia*), Roberto Pedersini (*Italia*), Rosa Quesada Segura (*España*), Juan Raso Delgue (*Uruguay*), Carlos Reynoso Castillo (*México*), Raúl G. Saco Barrios (*Perú*), Alfredo Sánchez-Castañeda (*México*), Malcolm Sargeant (*Reino Unido*), Michele Tiraboschi (*Italia*), Anil Verma (*Canada*), Marly Weiss (*Estados Unidos*), Marcin Wujczyk (*Polonia*).

Comité de Gestión Editorial

Alfredo Sánchez-Castañeda (*México*)
Michele Tiraboschi (*Italia*)

Comité de Redacción

Graciela Cristina Del Valle Antacli (*Argentina*), Ricardo Barona Betancourt (*Colombia*), Omar Ernesto Castro Güiza (*Colombia*), Maria Alejandra Chacon Ospina (*Colombia*), Silvia Fernández Martínez (*España*), Paulina Galicia (*México*), Helga Hejny (*Reino Unido*), Noemi Monroy (*México*), Juan Pablo Mugnolo (*Argentina*), Martina Ori (*Italia*), Eleonora Peliza (*Argentina*), Salvador Perán Quesada (*España*), Alma Elena Rueda (*México*), Lavinia Serrani (*Italia*), Esperanza Macarena Sierra Benítez (*España*), Carmen Solís Prieto (*España*), Francesca Sperotti (*Italia*), Marcela Vigna (*Uruguay*).

Redactor Responsable de la Revisión final de la Revista

Alfredo Sánchez-Castañeda (*México*)

Redactor Responsable de la Gestión Digital

Tomaso Tiraboschi (*ADAPT Technologies*)

Trabajo, clases sociales y conocimiento en la sociedad contemporánea

Janette GARCÍA YÉPEZ*
Pedro RODRÍGUEZ ROJAS**

RESUMEN: El propósito de este artículo es realizar un análisis del Trabajo como proceso histórico y una aproximación teórica a la luz de la nueva dinámica capitalista: hiper desarrollo tecnológico, crecimiento exponencial de los sectores financieros y especulativos, la economía virtualizada, la sociedad de consumo. Partiendo de una breve historia, abordamos El Trabajo y las clases sociales desde la perspectiva marxista, el trabajo genérico, los conceptos de explotación y alienación, trabajo concreto y trabajo abstracto, plusvalía, las dimensiones cuantitativas y cualitativas del trabajo, trabajo y posmodernidad, la crítica al supuesto Fin o agonía del trabajo como fuente primordial de riqueza, trabajo y fetichización, la relación trabajo y capital en las sociedades modernas, el papel del conocimiento y la ciencia en el mundo del trabajo. Al final, una primera aproximación a nuestra propuesta de la Plusvalía del Consumo, como nueva dimensión de los mecanismos de explotación del capitalismo contemporáneo.

Palabras clave: Trabajo, Clases Sociales, Conocimiento, Capitalismo, Socialismo.

SUMARIO: 1. Introducción. 2. El trabajo en Marx: explotación y alienación. 3. ¿Fin del trabajo? Cuál sociedad postcapitalista? 4. Conocimiento, Capital y fetichismo. 5. Plusvalía absoluta y relativa. 6. Capital y consumo: Plusvalía del consumo. 7. Las clases sociales en las sociedades contemporáneas. 8. Bibliografía.

* Doctora en historia de la Universidad Lisandro Alvarado de Venezuela.

** Doctor en historia de la universidad Simón Rodríguez de Venezuela.

1. Introducción

Como sabemos hasta el desarrollo de la agricultura, hace unos 10.000 años en el norte de África, el hombre vivía como nómada, de la caza y la pesca, de lo que la naturaleza le otorgaba. Esto no quiere decir que antes de la agricultura, desde el surgimiento de los primeros primates y el homo sapiens hace unos 150 mil años, ya había surgido el trabajo como actividad creadora. El hombre desde su origen tiene la necesidad de crear, no solo para satisfacer las necesidades básicas de alimentación, vestimenta y vivienda, sino que su condición de humano hace del esfuerzo una necesidad vital. El hombre, a diferencias de otros animales, no puede pasar los días y la vida en solo comer, procrearse y dormir.

En un principio el trabajo, las técnicas (tecnologías), la naturaleza y la cultura fueron parte de un todo inseparable. El hombre ocupaba su tiempo en crear, tanto para solucionar problemas inmediatos – a través del uso de técnicas y herramientas construidas por él – como la capacidad de generar nuevas necesidades, producir nuevos hábitos y recrearse. El trabajo – a diferencia de hoy – no era una obligación, no era simplemente un esfuerzo que tenía que hacer el hombre para ganarse un salario con el cual se intenta satisfacer las necesidades básicas, el trabajo no era una actividad penosa para conseguir otro fin, no, el trabajo era un fin en sí mismo. Con las sociedades sedentarias, el surgimiento de la agricultura, el trabajo asume una condición y un carácter más social, las poblaciones crecen y por lo tanto el consumo y de esta manera el trabajo se hace más obligante. Esto ha sido una condición histórica del trabajo. Al decir de Engels:

“Con cada nuevo progreso, el dominio sobre la naturaleza, que comenzara por el desarrollo de la mano, con el trabajo, iba ampliando los horizontes del hombre, haciéndole descubrir constantemente en los objetos nuevas propiedades hasta entonces desconocidas. Por otra parte, el desarrollo del trabajo, al multiplicar los casos de ayuda mutua y de actividad conjunta, y al mostrar así las ventajas de esta actividad conjunta para cada individuo, tenía que contribuir forzosamente a agrupar aún más a los miembros de la sociedad” (1981, p. 71).

Con la desaparición de la propiedad comunal, el surgimiento de la propiedad privada y la correspondiente división del trabajo (manual e intelectual), la diferenciación entre clases sociales, entre los que poseen medios de producción y los que solo tienen su fuerza de trabajo, el trabajo pierde su condición humana vital. Pero es en las sociedades capitalistas, con el surgimiento de la industria y la división internacional del trabajo, cuando el trabajo se convierte en una mercancía.

Históricamente el trabajo ha sido visto de distintos ángulos y perspectivas, desde los documentos bíblicos el trabajo aparece como un castigo a quienes en el paraíso habían violado los mandatos divinos. Hasta la llegada de la Edad Moderna el trabajo se vio como una condición de inferioridad que era hecho por los más humildes (esclavos, siervos), aquellos que no tenían poder económico ni gozaban de nobleza sanguínea y cargos nobiliarios. Los ricos, los poderosos, los nobles no trabajaban, no lo necesitaban y era, además, profundamente denigrarse, solo se dedicaban a la supervisión, a las actividades bélicas, religiosas, culturales, a los vicios y el ocio.

Fue con el desarrollo de las sociedades modernas, en los inicios del capitalismo, tal como lo plantea Max Weber (1998), con el surgimiento del protestantismo (movimientos luteranos y calvinistas), con el desarrollo del pensamiento liberal burgués, que el trabajo comenzó a ser aceptado como elemento fundamental del desarrollo económico. Hasta el siglo XV los economistas consideraban que la riqueza consistía fundamentalmente en el dominio de minerales preciosos y la propiedad de la tierra, alcanzado fundamentalmente a través de la expansión y colonización territorial y la utilización del trabajo forzado (esclavo).

A partir de esta fecha, con el desarrollo industrial del capitalismo, el trabajador asalariado comienza a sustituir a los siervos y los esclavos. Todo esto fundamentalmente en Europa, ya que en el resto del mundo solo a finales del siglo XIX desaparece la esclavitud y el trabajo servil, aunque en forma camuflada se ha mantenido por más tiempo, aun hoy, ésta la más vil y directa forma de explotación, más que del trabajo, del humano.

2. El trabajo en Marx: explotación y alienación

Pero fue Marx quien comprendió y analizó con mayor precisión el papel del trabajo y de los trabajadores como sujetos históricos. Para Marx el trabajo se había degenerado pasando de ser una creación natural del hombre a un proceso de esclavitud y enajenación. El hombre no se desarrolla en el trabajo, por el contrario pierde su esencia humana, convirtiéndose en mercancía, el hombre solo es feliz fuera del trabajo. Tal como lo plantea en los Manuscritos de 1844: (...) “el trabajo es externo al trabajador, es decir, no pertenece a su ser; en que en su trabajo, el trabajador no se afirma, sino que se niega; no se siente feliz, sino desgraciado; no desarrolla una libre energía física y espiritual, sino que mortifica su cuerpo y arruina su espíritu. Por eso el trabajador sólo se

siente en sí fuera del trabajo, y en el trabajo fuera de sí. Está en lo suyo cuando no trabaja y cuando trabaja no está en lo suyo. Su trabajo no es, así, voluntario, sino forzado, trabajo forzado. (...) De esto resulta que el hombre (el trabajador) sólo se siente libre en sus funciones animales, en el comer, beber, engendrar, y todo lo más en aquello que toca a la habitación y al atavío, y en cambio en sus funciones humanas se siente como animal. Lo animal se convierte en lo humano y lo humano en lo animal” (1986, p. 108-109).

Más adelante, en *Trabajo asalariado y capital* (1849), Marx ahonda en este particular: “Ahora bien, la fuerza de trabajo en acción, el trabajo mismo, es la propia actividad vital del obrero, la manifestación misma de su vida. Y esta actividad vital la vende a otro para asegurarse los medios de vida necesarios. Es decir, su actividad vital no es para él más que un medio para poder existir. Trabaja para vivir. El obrero ni siquiera considera el trabajo parte de su vida; para él es más bien un sacrificio de su vida. Es una mercancía que ha adjudicado a un tercero. Por eso el producto de su actividad no es tampoco el fin de esta actividad. Lo que el obrero produce para sí no es la seda que teje ni el oro que extrae de la mina, ni el palacio que edifica” (p. 78).

Pero además en esta mercantilización del trabajo, Marx descubre – en lo que sería su aporte fundamental a la teoría del valor y la diferenciación de trabajo y fuerza de trabajo – que no es el trabajo lo que vende el hombre, sino su fuerza de trabajo, el trabajador recibe solo lo necesario para la sustentación, pero el salario nunca es equivalente a su producto. El salario para Marx (...) “no es la parte del obrero en la mercancía por él producida. El salario es la parte de la mercancía ya existente, con la que el capitalista compra una determinada cantidad de fuerza de trabajo productiva” (Marx, 1849, p. 79).

El trabajador en el capitalismo no es dueño de lo que el mismo genera producto de su esfuerzo, es de otro, el dueño del capital, que compra su fuerza de trabajo y la convierte en parte del capital, en parte de su propiedad, el trabajador le pertenece. El capital, que como lo plantea Marx, es solo producto del trabajo objetivado, no existe por cuenta propia: las maquinarias, el dinero, la materia prima han sido y son producto histórico del trabajo, no son naturaleza, es producto del trabajo objetivado, el trabajo que se enajena (roba) a su creador. (...) “El objeto que el trabajo produce, su producto, se enfrenta a él como un ser extraño, como un poder independiente del productor. El producto del trabajo es el trabajo que se ha fijado en un objeto, que se ha hecho cosa; el producto es la objetivación del trabajo. (...) La enajenación del trabajador en su producto significa no solamente que su trabajo se convierte en un objeto,

en una existencia exterior, sino que existe fuera de él, independiente, extraño, que se convierte en un poder independiente frente a él; que la vida que ha prestado al objeto se le enfrenta como cosa extraña y hostil” (Marx, 1984, pp. 106-107).

Para Marx, en el capitalismo el hombre se cosifica y objetiviza, se convierte en cosa y objeto, perdiendo toda esencia humana, sus capacidades físicas y espirituales se limitan. El trabajo o proceso de trabajo, de acuerdo a Marx, alude a un proceso de relación entre hombre y naturaleza a través del cual, al transformarla, el hombre proyecta su figura. El proceso de trabajo no es dominio de la naturaleza, sino un proceso de autodeterminación y dotación de sentido. “La noción de trabajo de Marx no es una categoría económica sino filosófica (...)” (Solares, 1997, p. 21).

En las sociedades mercantiles donde prima la propiedad privada y la división del trabajo el hombre ya no aspira a “ser humano”, un hombre consustanciado consigo mismo, con los otros hombres y la naturaleza, sino que su vida se centra en poseer y tener cosas y para ello la posesión más importante y la más valorada es la de poseer dinero. El dinero en el capitalismo lo es todo, representa la unidad del sistema, como el más representativo de los fetiches capitalistas, se coloca por encima de todo, del propio hombre, se convierte en la máxima medida con la que se valora y mide a los seres humanos y sus creaciones, no importa el tipo de moneda ni el producto, la nacionalidad, con él se adquiere o compra todo, veamos como sarcásticamente lo plantea el filósofo alemán: “Lo que mediante el dinero es para mí, lo que puedo pagar, es decir, lo que el dinero puede comprar, eso soy yo, el poseedor del dinero mismo. Mi fuerza es tan grande como lo sea la fuerza del dinero. Las cualidades del dinero son mis – de su poseedor – cualidades y fuerzas esenciales. Lo que soy y lo que puedo no están determinados en modo alguno por mi individualidad. Soy feo, pero puedo comprarme la mujer más bella. Luego no soy feo, pues el efecto de la fealdad, su fuerza ahuyentadora, es aniquilada por el dinero. Según mi individualidad soy tullido, pero el dinero me procura veinticuatro pies, luego no soy tullido; soy un hombre malo y sin honor, sin conciencia y sin ingenio, pero se honra al dinero, luego también a su poseedor. El dinero es el bien supremo, luego es bueno su poseedor; el dinero me evita, además, la molestia de ser deshonesto, luego se presume que soy honesto; soy estúpido, pero el dinero es el verdadero espíritu de todas las cosas, ¿cómo podría carecer de ingenio su poseedor? Él puede, por lo demás, comprarse gentes ingeniosas, ¿y no es quien tiene poder sobre las personas inteligentes más talentoso que el talentoso? ¿Es que no poseo yo, que mediante el dinero puedo todo lo que el corazón humano ansia, todos los poderes humanos?”

¿Acaso no transforma mi dinero todas mis carencias en su contrario?” (Marx, 1984, p. 83).

Marx establece una diferencia entre el trabajo concreto en el sentido de su utilidad y el trabajo abstracto como valor de cambio, una cosa es el trabajo necesario para producir un bien determinado y otro es el valor que el trabajo como mercancía toma en el mercado. El trabajo humano es concreto si produce valor de uso y es trabajo abstracto si se produce para el mercado. La cantidad de valor que encierran las mercancías se mide por el tiempo de trabajo socialmente necesario. ¿Y cómo se mide ese trabajo? No es por tiempo de duración, no son las horas. Para Marx el trabajo que crea el valor es una “substancia social”, no la emanación de energía psicofísica de cada individuo tomado aisladamente (Cruz Suárez y González Paris, s/f. p. 11).

La mayoría de teóricos se concentran en el valor de uso y en el valor de cambio de las mercancías, es decir solo en una esfera cuantitativa. Tal como lo plantea Néstor Kohan (2011) esto se debe a una dificultad o carencia de índole teórico y política (p. 605). Según Kohan, para Marx lo cualitativo se encuentra en la cosificación, en la enajenación y reificación de las relaciones sociales mediadas por relaciones de mercado. Es allí donde el fetichismo juega un lugar clave en la teoría cualitativa del valor. Marx en *El Capital* no solo se pregunta ¿Cuánto valen las mercancías? Al mismo tiempo se pregunta: ¿Por qué valen las mercancías? Es decir, hay una concepción cualitativa, un análisis político-social del capitalismo. Esto rompe con cualquier visión mecanicista-ortodoxa que percibe la obra de Marx como economicista. El marxismo no solo es una crítica a la explotación económica sino también una teoría de la dominación política. El fetichismo estudia la estructura irracional de las relaciones capitalistas. Para Kohan, el fetichismo no se reduce a una teoría filosófica-antropológica de la pérdida de la esencia humana, de ningún modo queda limitada a una teoría de la subjetividad, a los elementos de la superestructura, la falsa conciencia o ideología. Por el contrario, abarca también la comprensión científico-crítica de la economía política y a las relaciones sociales de producción y el mercado. El fetichismo consiste en dotar a determinados objetos de cualidades o atributos que no le son propios y en convertirlos en objetos naturales y neutrales, como si fueran propio de la naturaleza humana y no de una condición histórica concreta, producto de relaciones sociales, como lo son: el dinero, el capital, la renta, el salario, entre otros (p. 606).

En su obra Marx llega a la conclusión de que el producto de la propiedad privada, del dominio de unas clases sociales poseedoras sobre otras que solo tienen su fuerza de trabajo, existe una relación contradictoria entre el

capital y el trabajo, que solo será posible transformar cuando el trabajo como sujeto histórico se vea expandido en el resto del mundo, con la sociedad industrial capitalista, asuma conciencia de su situación de clase oprimida y alienada y enfrente el dominio del capital a través del proceso político revolucionario que los llevaría a una primera instancia al socialismo, como etapa transitoria – donde el Estado y la vanguardia revolucionaria tiene un papel protagónico – hasta llegar al comunismo, donde no deben de existir ni clases sociales, ni el estado, ni explotado ni enajenaciones.

3. ¿Fin del trabajo?Cuál sociedad postcapitalista?

Hasta finales del siglo pasado, sobre todo con la experiencia soviética y china, muchos movimientos bajo la bandera del socialismo y el comunismo lucharon por consolidar este proyecto, sin embargo, con la caída del bloque soviético, pero más aún, a partir de los cambios que se han venido produciendo en las últimas décadas, motivados a la violenta y explosiva revolución tecnológica, sobre todo en el mundo de la informática, la robótica, y la genética, se ha visto disminuir – sobre todo en los países desarrollados – el papel de la industria y por lo tanto del obrero fabril, típico representante de la clase trabajadora desde el siglo XVIII. Tal como lo plantea De la Garza Toledo: “La crisis del trabajo como núcleo de la acumulación del capital, negación de toda teoría del valor trabajo como anticuada, afirmación del mercado como mecanismo de fijación de los precios frente a los enfoques productivistas, se le relaciona con dos procesos de gran importancia actual: el sobredimensionamiento del sector financiero, sin relación estricta con la economía real, y la nueva etapa de automatización de los procesos productivos, en la cual el trabajo se reduce sustancialmente frente al capital constante, así mismo la actividad laboral como centro de la creación de identidad de sujetos sociales...” (2001, p. 11).

Para Rangel (2012), las TICs han modificado el mundo del trabajo porque han permitido la creación de nuevos tipos de empleo, han contribuido a la descentralización de las fábricas y a la modificación de las relaciones laborales al introducir variables importantes como el trabajo independiente contratado y la incorporación de nuevos sujetos o actores sociales asociados a su uso y en algunos casos ha producido lo que se denomina “precarización” del trabajo, por ejemplo, grandes transnacionales de la informática contratan expertos programadores en el llamado “tercer mundo”, pagándole salarios de miseria y adueñándose del

producto de su trabajo (software), lo que se empieza a conocer como “maquila informática”. Por otra parte, creemos que a pesar de que las TICs no transforman las relaciones de producción y la naturaleza del trabajo alienado en la sociedad capitalista, no es menos cierto que su uso ha cambiado las relaciones laborales, lo que nos obliga a revisar concepciones tradicionales como su ubicación exacta en el proceso de producción.

Frente a estos cambios tecnológicos ha surgido un discurso que pretende postularse como una filosofía del fin de la modernidad y de todo lo que ella representa, es decir fundamentalmente la sociedad capitalista y hay quienes se refieren a la sociedad pos capitalista (Peter Druker (1997), Alvin Tofler (1998), entre otros). Ya autores como André Gorz (1980) en *Adiós al proletariado*, Jeremy Rifkin (1997) en *El Fin del Trabajo*, Ricardo Antunes en *¿Adiós al trabajo?* (1999), también Alain Touraine, Tony Negri entre otros, se han referido al tema del Fin del Trabajo, producto de los cambios señalados, donde predomina el capital y trabajo intelectual sobre el manual y el surgimiento – según ellos – de la sociedad postindustrial o postcapitalista. Aclarando siempre que se refieren a los países desarrollados, es decir donde reside tan solo el 20% de la población mundial. El Futurólogo Alvin Toffler, en su obra *El Cambio del Poder*, señala: “Este es un cambio tan revolucionario que no puede configurarse por medio de una cartografía política convencional. El nuevo sistema de creación de riquezas, impulsará a políticos activistas y teóricos de la política – tanto si todavía se consideraran a sí mismos *de Izquierdas* o *de Derechas*; *Radicales* o *Conservadores*; *Feministas* o *Tradicionalistas* – a reconsiderar todas las ideas políticas desarrolladas durante la era de las Chimeneas, las mismas categorías se han quedado ahora obsoletas” (Toffler, 1998, p. 426).

Para comenzar debemos hacernos algunas interrogantes: ¿Qué está cambiando esta Revolución tecnológica?, ¿Una nueva sociedad?, ¿Llega a sustituirse el actual sistema capitalista o por el contrario esta revolución tecnológica es una nueva dimensión del capitalismo en crisis?, ¿No es precisamente la revolución informática como la ha planteado Mc Luhan – la mayor garantía de poder hablar hoy de globalización o Aldea Global?, ¿No estaremos hoy transcurriendo por una revolución tecnológica cuyo discurso nos indica el fin de todo, el cambio a una realidad a un desconocida pero en el fondo las grandes “realidades” – si bien sufren modificaciones – se mantienen?, ¿No es el comercio de la información – computadoras y redes – la mayor manifestación de la vigencia de la sociedad capitalista?. Como bien lo planteó Khun en su conocida obra sobre *Estructura de las Revoluciones Científicas*: (...) “Los cambios de los

paradigmas hacen que los científicos vean el mundo de investigaciones que le es propio, de manera diferente. En la que su único acceso para ese mundo se lleva a cabo a través de lo que ven y hacen, podemos desear decir que, después de una revolución, los científicos responden a un mundo diferente” (p. 176). “Aunque el mundo no cambia con un cambio de paradigmas, el científico después trabajó en un mundo diferente” (Khun, 1996, p. 190).

Alvin Toffler y Peter Drucker, delegan en el conocimiento (ciencia, tecnología) el factor de producción predominante y al cual se le debe, según ellos, la transformación a la sociedad postcapitalista. Al respecto Drucker señala: “El verdadero recurso dominante o factor de producción absolutamente decisivo no es ya ni el capital, ni la tierra, ni el trabajo, es el Conocimiento. En lugar de capitalista, las clases de la sociedad poscapitalistas son trabajadoras de conocimiento o trabajadores de servicios” (Drucker, 1997, p.6). Este autor deja claro que esta Sociedad del Conocimiento no se encuentra en el Tercer Mundo: “Las fuerzas que están creando la sociedad poscapitalista tienen su origen en el mundo desarrollado. Son el producto y el resultado de su desarrollo. Las soluciones de los retos de la sociedad poscapitalista no se van a encontrar en el tercer mundo (...) los problemas de la sociedad poscapitalista y del estado poscapitalista sólo se pueden atacar donde se originaron y fue en el mundo desarrollado” (Drucker, 1997, p. 11)

El propio Drucker describe como fue esta historia del conocimiento en los países desarrollados hasta llegar hoy a las sociedades del conocimiento: “Durante cien años – en la primera fase – el conocimiento se aplicó a herramientas, procesos, productos. Esto creó la Revolución Industrial, pero también creó lo que Marx llamó la alineación y las nuevas clases, y la guerra de clases y con ello el comunismo. En su segunda fase; que comienza hacia 1880 y culminó más o menos en la segunda guerra mundial, el conocimiento en su nuevo significado empezó a aplicarse al trabajo. Esto introdujo la Revolución de la Productividad que en 75 años convirtió al proletario en un burgués. Un burgués de clase media, con ingresos casi de clase alta. La Revolución de la Productividad acabó así con la guerra de clases y con el comunismo. La última fase comenzó después de la segunda guerra mundial. El conocimiento se está aplicando ahora al conocimiento mismo. Esta es la Revolución Administrativa” (Drucker, 1997, p. 22).

Al decir de Toffler, el capitalismo está sentenciado a muerte, no por la revolución socialista, sino porque – según él – cada vez es menos necesario el capital: “En realidad, el conocimiento es en cierto sentido, una amenaza a largo plazo mucho mayor que los partidos políticos

anticapitalistas. Porque, en términos relativos, la revolución informativa está reduciendo la necesidad de capital por unidad de producto” (Toffler, 1998, p. 118).

La politóloga Argentina Graciela Ferrás llega afirmar que: “Ahora la autoridad no se encuentra en la clase dirigente ni en la esencia del control político, sino que es anónima. Se disfraza de sentido común, de opinión pública” (Ferrás, 1997, p. 110). Es decir, según esta autora no hay ni clase sociales ni poderes políticos dominantes. Para nosotros, por el contrario, ahora, a través de los sutiles medios tecnológicos el poder se desdibuja, es cierto, pero solo en apariencia, hoy, más que nunca, el poder se concentra en la burguesía y sus representantes. La racionalidad de esta Revolución tecnológica es capitalista y capitalista son sus intereses. Lo que sí es cierto que actores tradicionales del capitalismo están amenazados y podrían ser sustituidas por otros. Jeremy Rifkin, en su obra *El Fin del Trabajo*, hace referencia a las posibles consecuencias que en el área laboral produciría esta nueva era tecnológica: “Para algunas personas, en particular para científicos, ingenieros, y empresarios, un mundo sin trabajo señalará el inicio de una nueva era en la historia, era en la que el ser humano quedará liberada a la larga de una vida de duros esfuerzos y de tareas mentales repetitivas. Para otros, la sociedad sin trabajo representará la idea de un futuro poco halagüeño de desempleo afectando a un sin fin de seres humanos y de pérdidas masivas de puestos de trabajo, igualado por un mayor desazón social e innumerables disturbios” (Rifkin, 1997, p. 38).

4. Conocimiento, Capital y fetichismo

Quienes vociferan sobre el fin del capitalismo y el surgimiento de la sociedad poscapitalista y al mismo tiempo magnifican el hecho tecnológico, en realidad están plasmando una nueva cara del capitalismo, donde la el conocimiento toma un papel estelar dentro del capitalismo, pero el conocimiento no se convierte en un factor ajeno al capital. La ciencia y la tecnología moderna siempre han sido y serán – mientras predominen las relaciones sociales capitalista – parte esencial del capital, y como tal, trabajo objetivado.

El conocimiento, las tecnologías, por más sofisticadas que sean no son una abstracción, una metafísica, no son extrahumanas, ni extraterrestre, son el producto del trabajo social. Siguen al servicio del capital y sus dueños, la burguesía, el conocimiento es la nueva fuerza de trabajo, repotenciada, acumulado, con plusvalor, pero sigue siendo trabajo, que a igual que el producto material es enajenado por el capital, pierde su

esencia y se convierte en vulgar mercancía digerible por igual por toda la humanidad siendo la única limitante la capacidad de compra. Como bien ha señalado González Quiroz en este mundo del ciberespacio a diferencia de lo que piensa Druker y Toffler, – quienes afirman una desdibujamiento de las diferencias sociales – el mundo estará claramente dividido entre quienes tienen el poder de la información – “Una ciberburguesía – y la gran mayoría de consumidores que se han convertido en el proletariado de la era digital (...)” (Quiroz, 1998, p. 154).

Estamos consciente de que ya en las sociedades económicamente tecnologizadas, la concepción tradicional del trabajo como fuerza bruta no es la predominante (sin que hay dejado de existir) y que la condición cualitativa del trabajo forma parte del proceso económico. Pero no por ello podemos afirmar que ha dejado de existir la explotación, la plusvalía y la división social con respecto al papel que se ocupa en las relaciones sociales de producción, y mucho menos decretar el fin del capitalismo o la entrada a una época postcapitalista, en la que según Druker: “Todos los trabajadores del conocimiento serán empleados de organizaciones. Pero diferentemente de los empleados del capitalismo, ellos serán dueños de los medios de producción y de las herramientas de producción. Primero, por medio de sus cajas de pensiones que rápidamente están surgiendo en todos los países desarrollados como los únicos verdaderos propietarios. Lo segundo, porque los trabajadores instruidos son dueños de sus conocimientos y se los pueden llevar consigo a dondequiera que van. El capitalista tradicional probablemente llegó a su punto culminante a principios del siglo XX y, ciertamente, no después de la Primera Guerra Mundial. Desde entonces, nadie ha igualado en poder y visibilidad a personajes de la talla de Morgan, Rockefeller, Carnegie o Ford en los Estados Unidos; o Siemens, Thyssen y Krupp en Alemania. En lugar de los capitalistas de la vieja escuela, los que controlarán cada vez más la oferta y la distribución del dinero serán las cajas de pensiones” (Druker, 1994, p. 13).

Peter Druker percibe al conocimiento y a los instrumentos financieros como las cajas de pensiones fueran de la órbita del capitalismo, como si no se tratara de la misma lógica, aunque con personajes y facetas distintas. Compartirnos con De la Garza al advertir que el capital como abstracción ha llegado al máximo de su despersonalización, pero sigue su lógica acumulativa independientemente de los sujetos sociales en los que se encarna. Esto no elimina las explotaciones y demás formas de funcionar del capitalismo, en todo caso lleva su fetichización a su máxima expresión. En estas condiciones no puede plantearse, como en las concepciones clásicas, que las ganancias especulativas provienen del reparto de la

plusvalía generada en la producción. Se trata de ganancias que tienen detrás valores despojados de su objetivación, pero que igual pueden intercambiarse a través del dinero por valores objetivados. (De la Garza, 2001, pp. 14-15).

Hemos pretendido demostrar, que todos estos cambios ocurridos no son elementos de una sociedad distinta, sino que son procesos y actores nuevos de la actual dinámica capitalista. La racionalidad del capital, la búsqueda de la ganancia es la que impera. Esto no es un descubrimiento, ya Marx en los *Gründisse* señala que: “En la época del capitalismo avanzado la dominación opera ya en el concepto y la construcción de técnicas” (p. 54). Ya en estos Manuscritos de 1858 hace un análisis minucioso a esta tendencia a la disminución en términos relativos – cuantitativos del trabajo manual, del capital variable frente al capital constante producto del avance tecno científico: “El supuesto de producción es, y sigue siendo, la magnitud de tiempo inmediato de trabajo, el cuanto de trabajo empleado como el factor decisivo en la producción de la riqueza. En la medida, sin embargo, en que la gran industria se desarrolla, la creación de la riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo y del cuanto de trabajo empleados, que del poder de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo de trabajo, poder que a su vez – su *powerful effectiveness* (poderosa efectividad potencial) – no guarda relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción, sino que depende más bien del estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología, o de la aplicación de esta ciencia a la producción (...)” (Marx, 1978, vol. 2, p. 400).

La ciencia y la tecnología moderna han estado a favor del capitalismo desde sus orígenes. El desarrollo científico y tecnológico, ayer y hoy, se debe, en última instancia, a satisfacer necesidades propias del desarrollo del capitalismo. Ya hoy no podemos mantener posiciones ingenuas al respecto, pensar que la ciencia surge y se recrea por simple capacidades individuales, vocaciones personales y muchos menos una posición altruista, para “el bien de la humanidad”. Hay demostraciones, más que evidentes de las deficiencias, deformaciones, la inoperancia, e indiferencia de la ciencia frente a los cada vez mayores problemas mundiales, como la pobreza, enfermedades, la contaminación del ambiente, entre otros. Sin negar que existan condiciones individuales, lo que determina el contexto y naturaleza de este desarrollo tecno científico es el contexto de las fuerzas productivas en el capitalismo.

El conocimiento y la ciencia no son metafísicos, no son abstracciones, son realidades concretas. Desde el surgimiento del positivismo, con todas sus variantes, han surgido en y para el capitalismo. El desarrollo de las ciencias

naturales (ingeniería, biología, química, física), pasando por las más primitivas teorías taylorianas, son ciencias para contribuir en el desarrollo de las fuerzas productivas y formas de organización del trabajo asalariado capitalista. Al decir De Altube: “El punto de vista del capitalista es justamente el de la administración del capital sobre el conjunto de la fuerza de trabajo, incluida por supuesto la científica, que para ser fuerza de trabajo debe ser fuerza productiva del capital, debe someterse a su dominio” (De Altube, 2005, p. 5).

Más adelante agrega: “El taylorismo constituyó en su momento un puntal fundamental de la génesis de esa racionalización del trabajo de la que hemos hablado, y así forjó el firme sostén material y, finalmente, la justificación, de esta dominación tecnológica (...) (p. 2)”. La condición y resultado de la primera separación taylorista es otra separación: “todo trabajo cerebral debe ser removido del taller y concentrado en el departamento de planeación o diseño. Las habilidades técnicas (mentales y corporales a la vez) se separan internamente y del trabajador, y de cosa suya pasan a ser portadas por la gerencia, convirtiéndose en capital, bajo el nombre de organización científica del trabajo. La técnica se hace científica, y la ciencia se convierte en capital, desarrollada por la gerencia” (De Altube, 2005, p. 36).

Para consolidar aún más esta posición, traemos nuevamente a Marx en sus *Gründrisse*; “La ciencia, que obliga a los miembros inanimados de la máquina – merced a su construcción – a operar como un autómatas, conforme a un fin, no existe en la conciencia del trabajador, sino que opera a través de la máquina, como poder ajeno, como poder de la máquina misma, sobre aquél. (...) Ahora bien, el desarrollo de la ciencia, esa riqueza a la vez ideal y práctica, no es más que un aspecto y una forma del desarrollo de las fuerzas productivas humanas, es decir, de la riqueza. (La ciencia... la forma más sólida de la riqueza, porque la crea al mismo tiempo que es producto de ella...)” (*Ídem*. pp. 402-403).

En *El Capital*, cuando aborda el fetichismo de la mercancía, Marx ahonda con más precisión sobre la ciencia como capital: Este es el núcleo del fetichismo en el proceso de producción, por el cuál la fuerza colectiva de trabajo “parece ser una fuerza de la cual el capital se encuentra dotado por naturaleza” (De Altube, 2005. p. 7). Herbert Marcuse, en su *Hombre Unidimensional*, analiza los efectos de la dominación tecnológica del capital sobre el trabajo, el papel de la administración y las corporaciones: “La dominación se transforma en administración. Los jefes y los propietarios capitalistas están perdiendo su identidad como agentes responsables; están asumiendo la función de burócratas en una máquina corporativa. Dentro de la vasta jerarquía de juntas ejecutivas y

administrativas que se extienden mucho más allá de la empresa individual hasta el laboratorio científico y el instituto de investigaciones, el gobierno nacional y el interés nacional, la fuente tangible de explotación desaparece detrás de la fachada de racionalidad objetiva” (Marcuse, 2009, p. 62).

Para Marcuse este dominio tecnológico va más allá de las redes productivas, absorbe por igual lo político y cultural: “El poder sobre el hombre adquirido por esta sociedad se olvida sin cesar gracias a la eficacia y productividad de ésta. Al asimilar todo lo que toca, al absorber la oposición, al jugar con la contradicción, demuestra su superioridad cultural (...). Hoy, la dominación se perpetúa y se difunde no sólo por medio de la tecnología sino como tecnología, y la última provee la gran legitimación del poder político en expansión, que absorbe todas las esferas de la cultura” (Ob., cit., pp. 185-186).

Esta concepción de la ciencia y el conocimiento es lo que ha permitido el surgimiento del concepto: Capital Humano, para referirse al conocimiento del trabajador, que se convierte en parte fundamental del capital en la actualidad, y que permite la maximización de la explotación de los trabajadores, y la obtención de plusvalía. Lo que ha toda vista suena contradictorio desde el punto de vista ético, el capital es por naturaleza espoliador y alienante de la vida humana, es antihumano. Martín Astorga y Carralero Rodríguez desarrollan las características del valor de cambio del conocimiento: “El valor de cambio del conocimiento está entonces enteramente ligado a la capacidad práctica de limitar su difusión libre, es decir, de limitar con medios jurídicos (patentes, derechos de autor, licencias, contratos) o monopolistas la posibilidad de copiar, de imitar, de «reinventar», de aprender conocimientos de otros. En otros términos: el valor del conocimiento no es el fruto de su escasez (natural), sino que origina únicamente limitaciones estables, institucionalmente o de hecho, del acceso al conocimiento” (Rodríguez, 2011, p. 6).

Según Cruz Suárez y González Paris “(...) el conocimiento, como resultado del proceso científico es trabajo complejo, o sea en palabras de Marx trabajo simple potenciado que se incorpora al proceso de producción, de servicios y al propio conocimiento, incorporando un elevado nivel de productividad” (s/f. p.11).

Desde hace tiempo el trabajador no es solo el obrero fabril, el que produce bienes materiales y mercancías, y si bien existen otros actores: trabajadores informáticos, trabajadores virtuales, crecimiento violento de los sectores comercio, financiero, servicio, gerenciales, publicitarios, entre otros, que conforman una nueva clase de trabajadores propios del capitalismo actual, no por ello estos sectores dejan de ser trabajadores: no son ellos los poseedores del capital, por lo tanto son trabajadores. Ya sea

el hombre humilde, el lumpen proletariado, o el de las clases medias, pero no son burguesía. Aunque con la tecnificación del trabajo, el predominio del trabajo administrativo-gerencial sobre el fabril, se crea que ya no se pertenece a la clase trabajadora, lo siguen siendo. Compartimos con Alonso (2005) cuando señala: “Rotación y movilización por diferentes puestos y funciones que, aunque percibida míticamente como un avance personal, en la mayoría de los casos no son más que derivas descendentes o estrictamente horizontales que indican que, en ausencia de carreras estables, la movilidad funcional y geográfica impuesta por las prácticas de flexibilización generalizada” (Alonso, 2005, p. 55).

Aunque hoy se diga que el capital y las empresas se diluyen en corporaciones internacionales manejadas virtualmente por gerentes y técnicos a nivel internacional, estos siguen representando y son los intereses del capital, que no es abstracto y que lo poseen hombres de carne y hueso que son los capitalistas, miembros de la burguesía. El capitalismo no es simplemente un asunto económico, de robo del trabajo ajeno por parte del burgués, es principalmente la creación de un fetiche que trastoca la sanidad mental y espiritual de la sociedad (Kohan, 2011, p. 20). El capital no es solo materia prima, máquinas y dinero son relaciones sociales, no es la relación pasiva histórica del trabajador individual frente a los medios, son las relaciones y el contexto que determinan esa relación de trabajo, donde el trabajo objetivado es parte ya del el capital, el capital aborda todo, lo abarca todo. Tal como lo afirma Marx, en sus Manuscritos de 1844, “El capital es trabajo acumulado”. En *El Capital*, Marx especifica y ejemplifica esta relación causal – histórica del capital: “Un negro es un negro, solo bajo determinadas condiciones, se convierte en un esclavo. Una maquina es una máquina, solo bajo determinadas condiciones se transforma en capital. Desgajada de esas condiciones, la maquina dista tanto de ser capital como dista el oro, en sí y para sí, de ser dinero y el azúcar de ser el precio del azúcar (...) el capital es una relación social de producción. Es una relación historia de producción” (Marx, *El Capital*, 1988, Tomo I, vol. 3, cap. 25, p. 957).

Una posmodernidad que critica al positivismo por quedarse solo en lo tangible, e igual lo hace contra el supuesto mecanicismo del marxismo, pierde de vista o enmascara el carácter inmaterial y simbólico que hoy predomina en el Capital y, pretende medir el «fin del trabajo» solo desde la visión más tayloriana del trabajo fabril-material. Hoy la economía financiera, comercial, especulativa, del entretenimiento, pero también de la salud, la educación, del conocimiento, predomina sobre la de producción de bienes, ocupa más espacios, más trabajadores, genera más dinero, pero todos ellos son imposible sin la producción material-real y además todos

ellos son parte del trabajo y del capital.

Desde el marxismo o cualquier otra posición crítica al capitalismo, no podemos caer en la trampa de la sociedad postcapitalista, bajo el disfraz de la posmodernidad y la sociedad del conocimiento no podemos ingenuamente creer como lo planteaba – a fines de la década del setenta – André Gorz, en su ensayo *Adiós al proletariado*, como si se tratase de un proceso evolutivo que nos dirige a la abolición del trabajo como obligación y la recuperación del tiempo libre (De la Garza Toledo, 2001, p. 17).

Ese creciente mundo económico inmaterial, no es una abstracción, por más que lo parezca, en última instancia, por más sobrevaluado, por más etéreo que parezca, por más que se crea que las bolsas de valores tienen independencia, vida propia, que las redes comerciales electrónicas nada tiene que ver con el sudor, las máquinas, con hombres de carne y hueso, en última instancia de allí parten, aunque luego lo especulativo lleve los índices económicos a condiciones de reproducción exponencial, tienen un piso real económico de producción. La producción determina todo. No se puede consumir, vender, comprar, especular, lo que no existe o pueda existir. Aún predomina una visión reduccionista, que reduce el trabajo al obrero asalariado, y con los procesos modernos de automatización se tendría una marginalización del trabajo frente al capital. No hay la menor duda que el trabajo fabril – en los países desarrollados – ha perdido fuerza frente al sector terciario de servicio, comercio y financiero, pero: “La no existencia de un producto material claro en los servicios no los excluye del campo de la producción. Una parte de ellos son en realidad la síntesis entre producción, circulación y consumo, que compactan sus tiempos y espacios. De manera aún más audaz, cabría preguntar si todavía es pertinente la división entre producción y circulación de las mercancías. Las circulaciones también añaden valor, por ejemplo la venta en un supermercado, que no es simplemente el traslado de la mercancía a un lugar de venta, sino que incluye mercadotecnia, trabajo de presentación, de publicidad, etc. Salvo que tengamos un concepto muy primitivo del valor como reducido al sustrato material de algunas mercancías, cabría hablar de un valor simbólico que también se traduciría en el precio. Producción circulatoria y circulación productiva. El aspecto físico de la actividad productiva puede ser diferente, pero también lo es en las manufacturas actuales con respecto a las fábricas manchesterianas” (De la Garza, 2001, p. 16).

Además todos esos elementos y procesos por más novedosos que sean, aunque a veces no cueste diferenciar lo real de la ficción, todos, absolutamente todos son elementos y procesos del Capital, que como

hemos insistido no puede seguirse percibiendo solo como tierra, máquinas y materia prima, es trabajo acumulado y objetivado, son relaciones sociales, que tampoco son ya solo tangibles sino principalmente subjetivas, de significados y valores. Y como todo Capital, todos, absolutamente todos son producto del trabajo, tanto objetivo como subjetivo, material o inmaterial. Todo esta economía financiera – especulativa, todas estas redes intangibles tecnológicas son producto del trabajo. No surgieron de la nada, no son extraterrestres, son producción humana. Allí está el mayor proceso de fetichización del capitalismo, creer que estamos hoy transcurriendo hacia una sociedad postcapitalista, creer que todas estas impactantes y «fantásticos» cambios tecnológicos no son producto del trabajo, que no son parte del capital. Traemos una larga pero aclaradora cita del autor De la Garza Toledo que consideramos pertinente para nuestro propósito: “(...) ¿Cómo explicar el auge del sector financiero? Grandes riquezas dinerarias se han generado al margen de la producción o del valor real de los activos de las empresas que venden acciones en las bolsas de valores. Asimismo, grandes derrumbes de las bolsas han esfumado los ahorros de mucha gente. Como punto de partida, se podría pensar que hubiera cierta relación entre el valor de una acción y el de los activos de la empresa que coloca títulos en el mercado de valores; a partir de allí operaría una fetichización del capital que aparecería como si tuviera capacidades por el solo hecho de reproducirse. Sin embargo, el fetichismo de la economía capitalista no es mera ficción, es la representación de una realidad invertida y con ello no es menos real que la producción. Desde el momento en que el capital es una relación social y no un objeto físico (maquinaria o equipo), sino que determinados objetos adquieren el carácter de capital sólo porque operan dentro de determinadas relaciones entre los hombres, no es necesario que para que exista capital tenga que encarnarse en un objeto físico, ni tampoco que para que exista la riqueza tenga que darse desgaste físico de fuerza de trabajo. La idea de fuerza de trabajo como capaz de crear valores y trabajo como desgaste de fuerza de trabajo, no puede asimilarse a lo físico exclusivamente; el aspecto subjetivo del trabajo entra en el proceso, pero lo más importante es la significación social que se da a determinada actividad” (De la Garza, *óp. cit.*, p. 15-16).

5. Plusvalía absoluta y relativa

Como siempre, ya esto lo había percibido claramente Marx, a finales del siglo XIX, cuando frente a los primeros avances de la producción en serie

señala que en el nuevo capitalismo el objetivo máximo no es la explotación per del obrero, ni la producción de mercancías, ni producir más objetos, sino que todo se reduce a la generación de plusvalía, de esta forma lo aborda en *El Capital*: “De otra parte, el concepto del trabajo productivo se restringe. La producción capitalista no es ya producción de mercancías, sino que es, sustancialmente, producción de plusvalía. El obrero no produce para sí mismo, sino para el capital. Por eso, ahora, no basta con que produzca en términos generales, sino que ha de producir concretamente plusvalía. Dentro del capitalismo, sólo es productivo el obrero que produce plusvalía para el capitalista o que trabaja por hacer rentable el capital” (Marx, 1988, p. 754).

A través de un ejemplo el filósofo alemán precisa aún más el sentido de la plusvalía al referirse al trabajo intelectual: “Si se nos permite poner un ejemplo ajeno a la órbita de la producción material, diremos que un maestro de escuela es obrero productivo si, además de moldear las cabezas de los niños, moldea su propio trabajo para enriquecer al patrono. El hecho de que éste invierta su capital en una fábrica de enseñanza, en vez de invertirlo en una fábrica de salchichas, no altera en lo más mínimo los términos del problema. Por tanto, el concepto del trabajo productivo no entraña simplemente una relación entre la actividad y el efecto útil de ésta, entre el obrero y el producto de su trabajo, sino que lleva además implícita una relación específicamente social e históricamente dada de producción, que convierte al obrero en instrumento directo de valorización del capital. Por eso el ser obrero productivo no es precisamente una dicha, sino una desgracia” (Marx, 1988, Sección 5, cap. XIV del Tomo I).

Por esto Marx establece la diferencia entre plusvalía absoluta y la plusvalía relativa, para establecer un contraste entre la vieja forma de explotación (que aún persiste) y los nuevos mecanismos de las sociedades tecnológizadas. Pero Marx deja claro que los nuevos mecanismos de explotación y de plusvalía relativa no es solo producto de los avances técnicos sino de nuevas formas de relaciones o agrupaciones sociales: “La producción de plusvalía absoluta se consigue prolongando la jornada de trabajo más allá del punto en que el obrero se limita a producir un equivalente del valor de su fuerza de trabajo, y haciendo que este plustrabajo se lo apropie el capital. La producción de plusvalía absoluta es la base general sobre que descansa el sistema capitalista y el punto de arranque para la producción de plusvalía relativa. En ésta, la jornada de trabajo aparece desdoblada de antemano en dos segmentos: trabajo necesario y trabajo excedente Para prolongar el segundo se acorta el primero mediante una serie de métodos, con ayuda de los cuales se

consigue producir en menos tiempo el equivalente del salario. La producción de plusvalía absoluta gira toda ella en torno a la duración de la jornada de trabajo; la producción de plusvalía relativa revoluciona desde los cimientos hasta el remate los procesos técnicos del trabajo y las agrupaciones sociales” (*Ídem*).

Javier Ortega (2007) ha hecho alusión al concepto de acumulación por exacción financiera, referido al modo de apropiarse, por parte de sujetos dotados de Poder, del excedente que generan otros sujetos (carentes de Poder) en la economía real. Esta apropiación se realiza través de mecanismos de la economía simbólica y financiera. Se diferencia de los patrones de acumulación por reproducción y acumulación originaria caracterizados por el marxismo. Para Javier Ortega, además de los modos de acumulación descritos, existe un tercero que está siempre presente e invade todas las relaciones de producción, intercambio y asignación del excedente en el capitalismo actual. Este tercer modo de acumulación se corporiza en serie de instrumentos, pero donde más ramplonamente la vemos es en la operatoria de las finanzas especulativas. Finanzas especulativas que asignan recursos de manera independiente a su producción en la economía real, que es justamente donde estos recursos son generados. Los rasgos propios de la acumulación por exacción financiera la diferencian de las acumulaciones por reproducción y originaria son: a) que el sujeto activo no ha dirigido, participado ni gerenciado el proceso productivo donde el sujeto pasivo crea el excedente que le desapropiará; b) que el sujeto activo no empleó contra el sujeto pasivo medios formalmente violentos ni antijurídicos para perpetrar el desapoderamiento.

6. Capital y consumo: plusvalía del consumo

Si bien, como hemos pretendido demostrar, el centro de generación de plusvalía en el capitalismo sigue girando alrededor de la explotación del trabajador (manual o intelectual), el enfrentamiento dialéctico entre Capital y Trabajo, existe a su vez nuevos explotadores, los que lo hacen a través del consumo, y el Capital Conocimiento. La explotación a través del consumo, representada por aquellos sectores que poseen el capital del conocimiento. Por diversos mecanismos el carácter social del conocimiento, como producto histórico de los hombres entre sí y con la naturaleza, como experiencia acumulada, ha venido siendo sustituido por el conocimiento como mercancía. Como el conocimiento dominante en la actualidad forma parte de la propiedad, es fuente de producción, modo de

producción, la propiedad del conocimiento es cada vez más privado, menos social, más costosos. Por el cual crean una plusvalía no solo a partir de la explotación del trabajador sino del consumidor.

Por eso hay quienes prefieren hablar de consumidores en vez de burguesía y proletariado, que está determinado fundamentalmente por la producción, el papel que se juega en el aparato productivo, ahora estamos en una sociedad fundamentalmente de consumo, se consume mucho más de lo que se produce, y esto determina una nivel especulativo constante y eso exige otro modo de abordar los orígenes y características de la nueva base de la plusvalía capitalista. No se trata de que la tradicional plusvalía determinada por la diferenciación entre el trabajo abstracto y el trabajo concreto haya llegado a su fin, sino que la sociedad de consumo, ahora determinante, genera un nuevo tipo de plusvalía que ataca directamente al consumidor, consumidor que al ser al mismo tiempo trabajador es doblemente explotado.

Según la perspectiva de la economía neoclásica, es el mercado y no el trabajo el que determina las nuevas relaciones de producción. De esta manera la plusvalía ya no está determinada en la producción (sin dejar de existir) sino en el valor de cambio, es decir en la capacidad de consumo. Este concepto que propongo de plusvalía de consumo sirve para explicar – entre otras cosas – el distanciamiento cada vez mayor entre los niveles de producción y los de consumo, la diferencia entre los costos de los productos y su precio de venta y también nos permite entender, en el terreno de las relaciones sociales, como un profesional de la medicina, u otra área, puede generar rentas de magnitudes superiores a los tradicionales sectores explotadores, sin tener muchas veces ni un solo empleado a su disposición.

Max Weber contrapone la categoría *grupos de estatus* a la de las tradicionales Clases Sociales, para referirse a este nuevo predominio de la sociedad de consumo: “Con algo de sobre-simplificación, uno puede decir que las clases sociales son estratificadas en función de sus relaciones con la producción de bienes; en tanto que los grupos de estatus son estratificados en función de los principios del consumo de los bienes como representando un estilo de vida” (Weber, 2006, p. 58).

Pero al final, esta plusvalía del consumo aparentemente determinada por el modo de vida (estatus) representa una abstracción, ya que al final todo lo que se consume se objetiviza, se mide en productos que fueron producidos, no son abstracciones ni invenciones, son objetos reales (materiales o inmateriales) producto del esfuerzo físico y mental, y detrás de estos bienes hay seres humano que lo hicieron posible, aunque ya no en las condiciones de trabajo tradicionales.

Esta nueva forma de explotación, poco estudiada, viene acompañada de un proceso de legitimación por el estatus que ocupa en las sociedades modernas, llamadas sociedades del conocimiento y el dominio hiper especializado sobre unas áreas del conocimiento. Lo que produce la paradoja de que los sectores que en la actualidad mayor tasa de ganancia obtienen y mayor plusvalía consiguen explotando al consumidor son justificados y legitimados por el resto de la sociedad, considerando esta relación como justa por el grado de conocimiento que tienen este nuevo sector social que en apariencia no ejerce ningún dominio ni impone sus intereses a los otros. En cambio en los sectores tradicionales en la agricultura y en la fábrica – en donde los beneficios y las mejores condiciones del trabajador han representado una elevación de los costos y por lo tanto disminución de las ganancias del empresario – lo simple de la relación entre el que lo tiene todo (tierra, tecnología y capital) y el que solo tiene su fuerza de trabajo sigue siendo el centro de la crítica y la confrontación política.

Compartimos con Alonso quien parte de una definición conflictivista y poliédrica del consumo como proceso histórico, esto es, como forma de apropiación material del excedente social, a la vez que producción, circulación y uso de signos, encarnado todo ello en las prácticas de cada posición social (el célebre habitus) El autor pone en evidencia: “(...) el reduccionismo de ciertas propuestas que acaban resultando casi caricaturescas sobre consumo, tales como el mecanicismo individualista de las teorías de la elección racional – que conciben un abstracto individuo aislado y condicionado por factores inmutables en su acto plenamente soberano de compra –, el consumo como proceso cultural de alienación y dominación totalitaria en la Escuela de Frankfurt o la paradoja del consumo/código posmoderno como estructura simultáneamente proyectada, ficticia y trascendente a los sujetos y sus contextos con el hedonismo de consumo como signo esencial de una estructura que no trasciende y determina ya a los sujetos. La era del consumo remite a una propuesta de articulación política y colectiva que pasa por la recuperación del espacio público como entorno plural de negociación y cohesión social. E trabajadores uníos, consumidores uníos” (Alonso, 2005, p. 134).

Según Baudrillard, el consumo no se puede considerar, por tanto, como un simple deseo de propiedad de objetos La lógica del consumo es una lógica de manipulación de signos y no puede ser reducida a la funcionalidad de los objetos. “Consumir significa, sobre todo, intercambiar significados sociales y culturales y los bienes/signo que teóricamente son el medio de intercambio se acaban convirtiendo en el fin

último de la interacción social. Dicho de otro modo, detrás de cada trabajador asalariado, hay un «consumidor saturado»: la necesidad es un modo de explotación igual que el trabajo” (Baudrillard, 2009, p. 43).

Para Baudrillard la sociedad de consumo representa el más alto nivel de alienación humana, un mito donde se cree poder lograr un poder de igualación social y además creer que esta sociedad nada tiene que ver con la explotación capitalista: “El consumo es un mito, es un relato de la sociedad contemporánea sobre ella misma, es la forma en la que nuestra sociedad se habla (...) Nuestra sociedad se piensa y se habla como sociedad de consumo (p. 33). El consumidor vive sus conductas distintivas como libertad, como aspiración, como elección y no como imposiciones de diferenciación ni como obediencia a un código” (Baudrillard, *óp. cit.*, p. 56).

Baudrillard rompe con cualquier visión idealista del consumo, como plenitud de las libertades individuales, por el contrario lo coloca en el nivel de privilegios, y lo más importante determinado por la producción social: “pero, en realidad, las aspiraciones constituyen, por tener su propia lógica, que es una lógica de la diferencia, una variable incontrolable, es decir, que no son una variable más del cálculo económico, una variable sociocultural de situación o de contexto, sino que son una variable estructural decisiva que ordena todas las demás (p. 59). (...) Antes de ser una sociedad de producción de bienes es una sociedad de producción de privilegios” (Baudrillard, *óp. cit.*, p. 63). “Pero la verdad del consumo es que éste es, no una función del goce, sino una función de producción y, por lo tanto, como la producción material, una función, no individual, sino inmediata y totalmente colectiva (p. 80). Toda ideología del consumo quiere hacernos creer que hemos entrado en una era nueva, que una Revolución humana decisiva separa la edad dolorosa y heroica de la producción de la edad eufórica del consumo, en la cual finalmente se reconoce el derecho del Hombre y de sus deseos. Pero nada de esto es verdad. La producción y el consumo constituyen un único y gran proceso lógico de reproducción ampliada de las fuerzas productivas y de su control. Este imperativo, que es el del sistema, se presenta en la mentalidad, en la ética y en la ideología cotidianas de manera inversa: con la forma de liberación de las necesidades, de florecimiento del individuo, de goce, de abundancia, etc. Las incitaciones a gastar, a gozar, a no hacer cálculos (p. 85) El sistema tienen necesidad de los individuos, en su condición de trabajadores (trabajo asalariado), en su condición de ahorristas (impuestos, préstamos, etc.), pero cada vez más en su carácter de consumidores” (Baudrillard, *óp. cit.*, p. 87).

Pero además para el autor también el consumidor tiene un gigantesco

campo político, que necesita ser analizado junto con el de la producción. Todo el discurso sobre el consumo apunta a hacer del consumidor el Hombre Universal, la encarnación general, ideal y definitiva de la Especie Humana y a hacer del consumo las primicias de una «liberación humana» que se lograría en lugar de la liberación política y social y a pesar del fracaso de esta última. (Baudrillard, *óp. cit.*, p. 89). “El pueblo son los trabajadores, mientras permanezcan desorganizados. El público, la opinión pública, son los consumidores siempre que se contenten con consumir” (Baudrillard, *óp. cit.*, p. 91).

Quizás la lucha mayor hoy más que la disminución de las horas de trabajo, los mayores salarios y beneficios que permitan el desarrollo de la vida humana, lucha es contra el proceso de alienación y fetichización que no permite comprender esta realidad compartir con personas que creemos distintas pero que forman parte de una misma clase trabajadora la que produce bienes no solo tangibles sino también intangibles y la que produce plusvalía y ganancias a los capitalistas.

Frente al desdibujamiento del capital y los capitalistas que ya no se ven tan directamente dirigiendo las fábricas de chimeneas sino que está en los accionistas, que se disfrazan en los gerentes a quienes utiliza para no permitir su visibilidad, pero el rico es rico y el burgués es burgués. Tomas conciencia de que ya no es suficiente considerar la explotación del trabajador sino también la explotación del consumidor, lo que degenera es una doble explotación. Entender que en esta llamada sociedad del conocimiento mientras la mayoría lo que hace es asimilar información utilitaria que sirve para su mejor desenvolvimiento técnico, es decir para perfeccionar su propia explotación, por el contrario el conocimiento sigue estando en manos de muy pocos, forma parte del capital, que ya no es solo tierra y maquinaria sino también conocimiento.

7. Las clases sociales en las sociedades contemporáneas

La Estratificación de clases sociales es relativamente reciente, apenas dos siglos y ha sido la utilizada por las ciencias sociales modernas desde su origen. El concepto de clases sociales viene a sustituir la estratificación medieval que dividía a los hombres en castas según su color de piel o de carácter nobiliario, dependiendo de estatus religiosos, políticos o sociales (heredados o comprados). La estratificación en clases sociales surge como la forma más pertinente para analizar los nuevos estatus sociales propios de la sociedad capitalista, que ya no estaban determinados por títulos de noblezas o color de la piel sino por el poder económico, la posesión de los

medios de producción y el papel que se ocupa en las relaciones sociales de producción.

Se le ha otorgado a Marx y sus seguidores la paternidad y el uso dominante de estas categorías, el propio Marx reconoció el no ser el autor de esta estratificación, pero han sido sin dudas los marxistas quienes mejores analizaron y aportaron en el desarrollo y maduración de esta estratificación, en el estudio fundamental del desarrollo de la clase obrera y la burguesía europea propias del capitalismo del siglo XIX. Lo que sí es propio del marxismo es el concepto de lucha de clases, la confrontación entre el capital y el trabajo, como el primero se apropia a través de la plusvalía de parte del trabajo producido por los obreros.

No hay la menor duda de que las clases sociales como estratificación social parecieran ser simple e incompletas para poder abordar la dinámica de los nuevos actores y estratificaciones sociales modernas. Ya no es tan fácil establecer una diferenciación entre burguesía y proletariado, como se hizo para diferenciar entre los dos polos opuestos en las relaciones sociales dentro de la fábrica o en la agricultura del siglo XIX. Los cambios tecnológicos, la nueva revolución tecno industrial, el ciber-espacio, la robótica, la bio-tecnología, la genética, el papel que ocupa el sector financiero y especulativo, ya dificultan el poder definir ¿dónde está la burguesía y quién es más burgués que otro? ¿Hasta qué punto los nuevos trabajadores no pueden ser parte al mismo tiempo de la burguesía?

¿Cuántos profesionales o técnicos especializados obtienen más ganancias que el tradicional burgués? Sin poseer una fábrica, ni tierra, sin aparentemente explotar a nadie son más burgueses que el terrateniente o el dueño de la fábrica. ¿Cuáles son los nuevos mecanismos de explotación en las sociedades modernas? ¿No es el consumidor o usuario de los bienes y servicios el nuevo explotado? Hoy muchas empresas transnacionales están dominadas por capitales corporativos formados por fondo de pensiones, caja de ahorros y no por los tradicionales grandes apellidos. El mercado especulativo hace posible a nivel planetario niveles de ganancias por redes comerciales intangibles, sin mover a veces un producto ¿Cómo seguir midiendo ahora la plusvalía como se hacía o se hace aún en el trabajo agrícola y fabril tradicional? Sin embargo hay que hacerse la pregunta: ¿a pesar de que sus condiciones de trabajo no sean las mismas (en termino de desgaste humano) y sus beneficios socios económicos sean mayores, dejan de ser obreros? ¿Son una nueva clase social o parte de la clase media o de la pequeña burguesía?

Los cambios en la sociedad y sobre todo en la velocidad en que ocurren ha dejado atrás (como en mucho otros casos) a las ciencias sociales cuyos análisis tradicional no le permite abordar con plenitud y propiedad esta

nueva dinámica. Paralelamente, han surgido nuevas formas de estratificación social espontáneas que buscan ubicar estos diversos niveles en la estratificación. Es el caso de las encuestadoras o instituciones que miden la opinión pública o las pautas de consumo. Las cuales utilizan una categoría de estratificación haciendo uso del abecedario. Esta estratificación es muy simple, no representa ningún abordaje teórico sino simplemente está determinado por los niveles de ingresos y de consumo. No establece relaciones entre las clases sociales, vinculaciones y contradicciones, no estudia niveles educativos ni culturales y cuando lo hace es sólo para ver los títulos académicos alcanzados, poco le importa el comportamiento cultural, elementos de la psicología social, y cuando lo aborda es solamente para vincularlos a su capacidad de demanda. Hasta qué punto estas nuevas estratificación lo que busca es enmascarar y justificar estas divisiones sociales, ya que no establecen ni análisis ni comparaciones, sino que su único objetivo es de carácter descriptivo y pragmático.

A nuestro modo de ver, mientras se tenga claro la confrontación entre el capital – que siempre busca masificar sus ganancias – y el papel del trabajo, con sus diferentes matices (manual o intelectual, obrero o ingeniero, técnico o director corporativo) se tendrá Conciencia de Clase. Para Marx, el trabajo y la clase obrera no se miden por su cantidad si no por su calidad, sobre todo cuando la clase trabajadora toma conciencia de su condición y asume la organización y la lucha de clases para enfrentar al capital. En el 18 Brumario de Luis Bonaparte, Marx expresa que: “(...) en la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distingue por su modo de vivir, por sus intereses y por su cultura de otras clases y las oponen a estas de un modo hostil, aquellas forman una clase” (Marx, 1984, Tomo I, p. 359).

Por lo tanto las clases sociales no se miden – como tradicionalmente se piensa – solamente en relación a la posesión o no de los medios de producción. Esta categorización marxista de las clases sociales permite percibir en forma ampliada, tanto cuantitativa como cualitativamente, los elementos, procesos, movimientos y seres humanos concretos que conforman a la clase trabajadora, que abarca principalmente a los trabajadores en todas sus manifestaciones, pero también a toda la rica gama de movimientos humanistas y anticapitalistas como las organizaciones feministas, ambientalista, entre otros. Enfrentando el proceso de fetichización, teniendo claro la existencia y perdurabilidad del capitalismo en su nueva fase, con toda la profunda crisis que lo invade y que amenaza no solo su existencia sino la de la propia vida y del planeta, debemos centrarnos en el estudio crítico de estas nuevas dimensiones del

trabajo y el capital fetichizadas, pero paralelamente contribuir en la consolidación de la Conciencia de la Clase Trabajadora, que ya no es solo el trabajador fabril, sino todos lo que no son burguesía, todos los que no son dueño del capital, todos los que solo tienen su fuerza de trabajo físico o mental, todos son trabajadores.

Hoy cuando el trabajo individualizado y tecnificado supera ampliamente al trabajo fabril, cuando son más los ocupados desde sus ordenadores y en su cubículo u oficina, que los que se reúnen en las fábricas, en el contexto de un desdibujamiento de la masa trabajadora como conglomerado que ocupa al mismo tiempo un mismo espacio físico, cuando la híper tecnificación, la híper especialización, y la máxima expansión de la división del trabajo a escala mundial nos hacen pensar que ya los bienes cuyos componentes se generan en diversos países no son el producto de ningún trabajador, cuando se tiene la falsa idea de que detrás de cada bien y servicio (material o inmaterial) que consumimos no hay seres humanos, cuando los sindicatos pierden legitimidad y se ven mermados en su actividad, frente a la heterogeneidad de los trabajadores y “la fragmentación de sus mundos de vida” (De la Garza Toledo, 2009, p. 68), cuando en definitiva se cree perdida la identidad del trabajo y del trabajador como sujeto histórico, se hace más necesaria la concientización y organización de los trabajadores y los consumidores. Conciencia que se fortalece con la asimilación de todos los que luchan contra el capitalismo, en cualquier dimensión y propósito, de los que son doblemente explotados: en el trabajo y el consumo. De esta manera hoy más que nunca estamos en una lucha mundial, trabajo vs capital, donde se hace más vigente y necesaria la consigan con la que Marx y Engels cierran el manifiesto Comunista: “Trabajadores del mundo uníos”.

8. Bibliografía

- Alonso, L., *La transformación del trabajo en un umbral de riesgo: la labor de los agentes sociales. El trabajo en el siglo XXI: perspectivas de futuro*, Madrid, Ararteko, 2005, pp. 127-154.
- Antunes, R., *¿Adiós al trabajo? Ensayos sobre la metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*, Buenos Aires, Herramienta editores, 1999.
- Astorga, M. y Rodríguez, C., “Hacia una nueva concepción de la relación Ciencia y Economía”, Observatorio de la Economía Latinoamericana, Cuba, *Revista Academia de economía*, n. 155, 2011, pp. 243-278.

- Baudrillard, J., *La Sociedad de Consumo. Sus mitos, sus estructuras*, Madrid-España, Siglo XXI editores, s. a., 2009.
- De Altube, R., “El fetichismo capitalista en la organización de la producción: control tecnológico y organización del trabajo en el siglo XX”, *Revista Rebelión*, n. 26, pp. 12-33, 2005.
- De La Garza, E., *Problemas clásicos y actuales de la crisis del trabajo. El Futuro del Trabajo. El Trabajo del futuro*, Buenos Aires, Clacso, 2001, pp. 76-99.
- Drucker, P., *La Sociedad Post Capitalista*. Bogotá: Editorial Norma. 1997.
- Dussei, E., *Hacia una filosofía política crítica.*, Bilbao, España, Editorial Desclée De Brouwer, S.A, 2001.
- Engels, F., *El Papel del Trabajo en la Transformación del Mono en Hombre*, Obras Escogidas, Moscú, Editorial Progreso, 1981, pp. 213-288.
- Ferrás G., “Radiografía Mediática del Fin de Siglo”, *Revista Nueva Sociedad*, n. 147, 1997, pp. 54-76.
- González, P. y Suárez, C., Estudio del marco teórico del capital humano como creador de valor, <http://www.monografias.com/trabajos54/teoria-capital-humano/teoria-capital-humano2.shtml>
- González, Q., “Anatomía de una Fascinación”, *Revista de Occidente*, Barcelona – España, n. 206, 1998, pp. 236-265.
- Gorz, A., *Adiós al proletariado*, España, El Viejo Topo, 1980.
- Holloway, J., *Tomar el Mundo sin Cambiar el Poder*, Argentina, Colección Herramientas Universidad Autónoma de Puebla, 2002.
- Inda, G. y Duek, M. C., “El día que los intelectuales decretaron la muerte de las clases. Un diagnóstico del momento teórico actual”, *Revista Confluencia de Sociología*, Argentina: Universidad Nacional de Cuyo, año 1, n. 1, 2003, pp. 25-43.
- Kohan, N., “La herencia del fetichismo y el desafío de la hegemonía en una época de rebeldía generalizada”, *Utopía y Praxis Latinoamericana*, abr., vol. 10, n. 29, 2005, pp. 79-102.
- Kohan, N., *Nuestro Marx*, Caracas, Misión Conciencia, 2011.
- Kuhn, T., *La Estructura de la Revolución Científica*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 1972.
- Lazzarato, M. y Negri, A., *Trabajo inmaterial. Formas de vida y producción de subjetividad*, Río de Janeiro, DP&A editora, 2001.
- Marcuse, H., *Hombre Unidimensional*, Madrid, Editorial Ariel, 2009.
- Marx, K., *El Capital*, Tomo I, Buenos Aires, Cartago, 1965.

- Marx, K., *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Gründisse, México, Siglo XXI Editores, 1977.
- Marx, K., *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires, Cartago, 1984.
- Marx, K., *Manuscritos de economía y filosofía*, Madrid, Alianza editores, 1984.
- Marx, K., *Trabajo asalariado y capital*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2003.
- Ortega, J., *Deuda Externa y La Restauración del Estado de Derecho*, Buenos Aires, Dunken editores, 2007.
- Rangel, O., *Las tecnologías de la información y comunicación (TICs) en la Venezuela del socialismo del siglo XXI*, Barquisimeto-Venezuela, 2012, Tesis para optar al grado de Doctor en Ciencias de la Educación, Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez, Mimeográfica.
- Rifkin, J., *El Fin del Trabajo*, Barcelona, España, Paidós Editores, 1997.
- Solares, B., *El síndrome Habermas*, México, Facultad de ciencias políticas y sociales, UNAM, 1997.
- Toffler, A., *El Cambio del Poder*, Barcelona, España, Plaza y James Editores, 1998.
- Weber, M., *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, Editorial Istmo, 1998.
- Weber, M., *Ensayo sobre Metodología Sociológica*, México, Amarrótu Editores, 2006.

ADAPT es una Asociación italiana sin ánimo de lucro fundada por Marco Biagi en el año 2000 para promover, desde una perspectiva internacional y comparada, estudios e investigaciones en el campo del derecho del trabajo y las relaciones laborales con el fin de fomentar una nueva forma de “hacer universidad”. Estableciendo relaciones estables e intercambios entre centros de enseñanza superior, asociaciones civiles, fundaciones, instituciones, sindicatos y empresas. En colaboración con el Centro de Estudios Marco Biagi, ADAPT ha promovido la institución de una Escuela de Alta formación en Relaciones Laborales y de Trabajo, hoy acreditada a nivel internacional como centro de excelencia para la investigación, el estudio y la formación en el área de las relaciones laborales y el trabajo. Informaciones adicionales en el sitio www.adapt.it.

Para más informaciones sobre la Revista Electrónica y para presentar un artículo, envíe un correo a redaccion@adaptinternacional.it



ADAPTInternacional.it

Construyendo juntos el futuro del trabajo